



Juego de Sombras

por Jordi Armengol Carner

1

No estaba seguro de cuánto tiempo había permanecido despierto. Su mente se había perdido durante largos minutos por las sombras trazadas en la pared. La lluvia se deslizaba por el cristal de la ventana proyectando un calidoscopio de formas y brillos azulados por toda la habitación, iluminados persistentemente por destellos de luz blanca y pura.

Las campanas de Santa María del Mar retumbaron en el silencio. Su canción voló bajo las nubes junto al trueno y al relámpago, más allá de la medianoche.

Al otro lado de Vía Layetana, en el tejado del edificio de enfrente, una gárgola parecía no dejar de reír. La suave y pausada respiración de la chica era el único sonido que cualquiera podría haber percibido por encima de la tempestad. Su respiración y el leve goteo del grifo del baño que estaba mal cerrado. Un pequeño murmullo que sería difícil de percibir para cualquiera.

Aguirre no era un hombre común. Entre otras cualidades, había sonidos que podía oír más claramente de lo que podría hacerlo un ser vivo. Y esa era la diferencia más fundamental: en la práctica, no podía decirse que estuviera vivo. Al menos no de una forma usual. Javier Aguirre era un no-muerto. Un vampiro.



Era la segunda semana. Nueve días consecutivos en los que no había podido encontrar la paz en el lecho de Ruth. En todos ellos se había pasado una buena parte de la noche alarmado por la presencia que había ahí fuera.

Podía oírle claramente. Se movía por el tejado del piso de la chica o incluso por los edificios al otro lado de las calle. Oía una respiración humana que estaba seguro de que era fingida. Le oía reírse de vez en cuando, sobre todo cuando decidía desaparecer en la oscuridad sin dejar el menor rastro.

Si toda esta situación era algo más que un juego, empezaba a sentirse molesto por la estrecha vigilancia nocturna a la que se veía sometido el apartamento de la joven. Si surgían problemas Ruth era demasiado frágil para poder afrontarlos como él. Aquella angustia no le dejaba tranquilo.

Antes de abrir los ojos completamente, Ruth balbuceó un sonido que el vampiro no llegó a comprender. Seguía con la mirada perdida en la pared cuando ella le acarició la cara con su rizado cabello.

Se abrazó cariñosamente al cuerpo de su hombre y cruzó una de sus piernas por encima de su estómago para luego emitir un leve gemido ahogado de bienestar. Él acarició suavemente el pelo de la nuca de la chica. "¿No duermes?" preguntó ella.

"No" le respondió. Abrazándose a él con más fuerza, Ruth acercó los labios a su cara y le dio un silencioso beso en la mejilla. "¿En qué piensas? "



“En nada. Duérmete otra vez” le pidió besándola en la frente. No quería preocuparla innecesariamente con problemas que podrían escapar a su comprensión. Ruth apoyó su cabeza una vez más sobre la fría piel de su amante y sus largas pestañas descendieron lentamente hasta que sus párpados quedaron completamente cerrados.

Un nuevo relámpago y un fuerte estruendo consiguieron que Ruth se levantara repentinamente del lecho. El rayo había caído muy cerca y el estruendo había sido terrible. La chica se quedó sentada en el borde de la cama con los pies colgando y envuelta por una parte de la sábana. El contacto frío de la mano del vampiro sobre su hombro hizo que se estremeciera.

“Tranquilízate. Sólo ha sido un trueno”. Ruth le miró con sus ojos oscuros y se abrazó a él todavía temblando. Él la estrechó entre sus brazos y olió el perfume de sus cabellos una vez más. En la ventana la lluvia no dejaba de caer. Ya no había nadie ahí fuera. No podía oírle. Más allá de la niebla, el relámpago seguía danzando en la lejanía.

2

Apretó la mandíbula. Gritó con todas sus fuerzas. Sus ojos estaban inyectados con la ira de la venganza. Salvaje. Irreprimible. Golpeó a la vez que el relámpago. Su mano tembló al sentir el impacto. La estaca de madera se abrió camino con contundencia entre la carne, salpicando el aire con una densa y fría lluvia escarlata.

La criatura abrió los ojos y gritó por el dolor que sacudía todo su cuerpo. Los labios abiertos mostraron sus largos incisivos. Aguirre levantó el martillo para volver a golpear. Trazó un arco en el aire que desembocó en

3



un golpe todavía más fuerte. Había compartido lecho con aquella criatura hasta apenas hacía una semana.

La estaca volvió a hundirse en el pecho de su prometida. Aguirre sintió una garra de acero atrapar su hombro. Le alejó de la criatura haciéndole perder el equilibrio y arrastrándole por el suelo. La lámpara de aceite cayó golpeada por el codo del joven.

Sobre la piedra, el aceite prendió en llamas, alejando las sombras de la cara de su atacante. Aguirre le reconoció perfectamente. Era el demonio que había convertido a María en aquella criatura.

Los recuerdos habían conseguido estremecerle. La luz fría de la luna se filtró entre los nubarrones otoñales de final de noviembre, acariciando el cabello del vampiro. La marea nocturna acariciaba la arena de la playa mediterránea, indiferente a las miradas de la docena de barceloneses que frecuentaban aquella zona del Paseo Marítimo a aquellas horas.

Hacía mucho tiempo que las imágenes de aquella noche no acudían a su mente. Su negro abrigo se movía como una sombra inquieta azotado por el viento de la marejada nocturna. Las hojas de las palmeras se agitaban suavemente por encima de su cabeza.

Era la tercera noche. Dos después de la última vez. Aguirre había vuelto a sentir a Carlos Vega. Todavía no hacía ni cinco minutos. Había estado esperando durante toda la tarde una nueva señal sentado en la barra de un pub. Le oyó susurrar su nombre entre las sombras de su mente.



Era una provocación. Un mensaje susurrado al aire, una sensación perdida después de desaparecer engullida por el viento. Sin dejar el menor rastro. Se había esfumado en las tinieblas.

“Dentro de dos noches. Donde la última vez.” El cainita miró una vez más al húmedo asfalto y contempló el reflejo de neón del pub sobre el negro suelo mojado. Pensó en Ruth. En su humanidad. En el tesoro de su vida. Sus ojos cruzaron por su mente, su sonrisa, su largo pelo rizado acariciándole la mejilla, su piel suave y sus dulces labios. “Carlos” murmuró.

La piedra rodó rápidamente. El gas se desprendió. Saltó la chispa y prendió la llama. Detrás, en el Paseo Marítimo, una mujer le contemplaba. El tabaco se quemó junto con el papel. Los labios húmedos a su alrededor. Aspiró lentamente.

Aguirre cruzó la calle y se acercó a la mujer. Apoyó su hombro ligeramente contra una palmera, con las manos en los bolsillos del abrigo. Ella le miró divertida.

“Hola, Javier”. El vampiro la observó atentamente. “Mónica.... hacía tiempo” respondió él, mientras la joven sonreía con una lascivia natural, mostrando unos dientes blancos como la leche, enmarcados por los labios rojos de carmín. Su piel pálida resaltada con una preciosa melena negra.

Su físico correspondía al de una hermosa adolescente entrada en edad. Las palmeras del Paseo marítimo se agitaban nerviosas detrás de ella. “Exactamente tres siglos, dos años y algunos meses... no es necesario precisar más, ¿verdad?” le preguntó la joven, sonriendo. “Supongo que no...” le respondió el vampiro. Tomó aire y lo soltó lentamente. El humo se escapó por la nariz de la chica.



“Estás radiante”. “Gracias. Suena bien viniendo de ti” respondió ella. Un breve silencio. La joven terminó el cigarrillo y lo tiró al suelo sin dejar de mirar a los ojos de Javier. “¿Qué es lo que te trae por aquí después de tanto tiempo? ”

“Tú” respondió Mónica. El vástago sonrió cínicamente. La joven se le acercó mirándole y sonriendo. “¿Tanta gracia te hace?” le preguntó la vampiresa.

“Sí... La última vez que viniste a verme acababa de convertirme en esto...” respondió, cabeceando hacia el bullicio de la calle, como evitando, molesto, la mirada de la joven. “Así que “Esto”. ¿Tan poco te gusta? ” preguntó Mónica, divertida. “ Si quieres que te sea sincero, preferiría estar muerto”.

Aguirre volvió a cabecear hacia la chica. Su mirada era oscura, llena de enojo. Unos instantes de silencio. “Ya lo estás, cariño. Eres un vampiro ” le respondió Mónica.

“Muerto y enterrado ” respondió con el mismo tono de desaprobación. La vampiresa cabeceó con gesto de indignación. “¡Oh, vamos! No seas tan mártir. A ti te hacía más...maduro. Además, aquél día sólo vine a informarte de en qué te acababas de convertir. ”

“Supongo que tendré mucho tiempo para madurar. ”

“Si...eso es lo que nos ocurre a todos...” le respondió ella, mientras contemplaba la luna entre las nubes. Aguirre la agarró de la muñeca sujetándola con fuerza. “¿Qué diablos quieres?” El brazo de la joven se desvaneció volviéndose intangible como el mismo aire, y la presa de Aguirre



perdió contacto. "Prevenirte" respondió ella. "¡De qué, maldita sea!" le respondió el vampiro. La respuesta fue tajante.

"De Carlos Vega. "

"¿Tanto te importa? " preguntó Aguirre después de una leve pausa. "Más de lo que crees." respondió Mónica. El cainita se apartó de ella dándole la espalda. "Sigues siendo el mismo estúpido arrogante." respondió la vampiresa, enojada.

"Carlos podría haber escogido mejor." respondió Aguirre, cabeceando hacia el mar. "Tu herencia, tu castigo. Recuerda esto. Carlos puede borrarle del mapa con un solo chasquido de dedos. Quizá sea lo que te mereces." le respondió la joven.

"Gracias por avisarme." Aguirre la miró fijamente a los ojos. Sabía que no le estaba mintiendo, que ella no le podía mentir. Mónica desapareció, desvaneciéndose en el aire. Niebla y sombras arrastradas por la brisa nocturna.

El vampiro contempló durante unos instantes un la sombra de las palmeras sobre la arena de la playa. La estaca hundiéndose en el pecho de María volvió a su mente. Escupió al suelo y abandonó el Paseo Marítimo en el más profundo silencio.

El día siguiente. Acababa de discutir con Ruth. Ella sintió que algo iba mal y él no quiso contárselo. Los problemas parecían desaparecer de su cabeza al perderse en la soledad del callejón y levantar la tapa de la alcantarilla. Se



deslizó en la oscuridad subterránea bajo la Vía Layetana. Las ratas le acompañaron en su camino.

El chirrido procedente de las vías del metro se iba haciendo más tenue, y pronto llegó a un territorio que le resultaba familiar. Allí, a decenas de metros bajo los pináculos de los edificios, bajo el asfalto de la ciudad, se escondía la respuesta a los demonios que corroían la mente del vampiro llamado Javier Aguirre.

Una capa de humedad recubría las paredes. El suelo cubierto de moho. Vacías catacumbas ancestrales ocultas en la oscuridad más allá de un infranqueable laberinto de olvidados pasillos subterráneos. Las cortinas antaño de color verde habían cobrado un tono mugriento, y una suave luz blanca bañaba el aire cargado.

Las cadenas tintinearono levemente al rozarlas con la ropa del abrigo. Las paredes, más allá de la entrada estaban cubiertas por sangre reseca y los rincones en las esquinas albergaban restos de huesos humanos. Aguirre sonrió. Alguien se había preocupado seriamente en colocar toda aquella parafernalia. En el centro del túnel una pequeña arcada daba la bienvenida a una galería subterránea.

En el centro de la sala, una figura inerte yacía echada sobre una butaca de aspecto barroco, rodeada por unas pesadas cortinas granates que parecían robadas de una inmensa y barroca sala de teatro, quizá del Gran Teatro del Liceo con anterioridad a su incendio.

“Buenos días, Teresa”.



“Hola, Javier. Te estaba esperando”. La mujer tenía la gracia y la hermosura de una madurez en todo su esplendor, que aparentaba unos treinta y pocos, aunque la sabiduría que se escondía en el reflejo de su mirada era inmensamente más profunda. Una vampiresa de aspecto impresionante, sin ningún debate posible.

“Me esperabas” le respondió Aguirre, mientras apartaba la parte inferior de su abrigo para sentarse en la alfombra con las piernas cruzadas. “Sí, sabía que vendrías por Carlos” le respondió ella.

El vampiro guardó silencio durante unos instantes, mientras su mirada se perdía en el vapor que ascendía desde una trampilla en el suelo, como una columna en medio de la sala. “Carlos. Ha estado aquí, ¿verdad?” preguntó.

Teresa sonrió inclinando ligeramente la cabeza hacia el suelo. La larga cabellera roja se desprendía y descendía por su frente, cubriéndole las pálidas mejillas, mientras el pequeño felino en su regazo ronroneaba sonoramente mientras le acaricia el hocico. “Sí. Vino a verme. Se te ha adelantado.”

Aguirre apretó la mandíbula y fijó su mirada en el gato. Los ojos dorados del animal resaltaban en contraste con su negro pelaje. “ No pienso dejar que vuelva a inmiscuirse en mi vida otra vez. ” Le respondió él. “Javier, sois hermanos...”

“No somos meros hermanos de sangre” la interrumpió “Somos hermanos de herencia, de un error genético, de una maldición de Dios; de una enfermedad: llámalo como tus creencias te lo permitan. No le he escogido y no le debo nada a Carlos. El odio crece en sus venas y la paranoia de una utopía imposible se revuelve enferma en su mente. ”



“Cuando despertaste de tu sueño y te encontraste encerrado en tu tumba, estabas solo. Cuando emergiste de la tierra y huiste asustado por tus temores humanos, estabas solo. Carlos acudió a tu llamada. Podía haberte dejado allí pero te recogió como a un animal perdido y te enseñó lo que sabía para ayudarte a sobrevivir. Lo hizo contigo y lo ha hecho con muchos” le respondió la cainita.

El vampiro la miró a los ojos. No podía creer lo que estaba oyendo. Al instante se percató de que poca ayuda recibiría aquella noche. El vampiro sonrió cínicamente en respuesta a las palabras de la vampiresa.

“Me enseñó a matar, a descuartizar fríamente, a despojar a los cuerpos de su vida. Disfrutaba con cada muerte, Teresa. Para mí es una maldición. Me alimento para subsistir. No disfruto haciéndolo, y no le debo nada a ese tipo. Para mí no es más que un perturbado y un asesino.”

La mujer miró fijamente a Aguirre cuando éste se levantó del suelo y empezó a andar por la sala “ Tu amigo Julián también era un asesino?” Le preguntó ella. El vampiro se detuvo y cabeceó hacia la mujer en silencio.

“Carlos está llegando a su final. Te necesita. No hay otro motivo. No quiere hacerte daño. Solo quiere preservar lo que cree que es bueno para todos” afirmó Teresa.

“Tengo mis propios motivos para pensar que es precisamente todo lo contrario. Uno de ellos es que haya estado aquí antes de que yo viniera para ponerte de su parte.” respondió Aguirre. La vampiresa habló con franqueza. “ Yo hablo por propia voluntad. Que os enfrentéis no es lo más adecuado y él tampoco lo está buscando. ”



“Todo es una sarta de mentiras, Teresa, aunque tú no seas consciente de ello. No conoces a Carlos. Dudo que en todo este tiempo haya hecho más que hundirse en su propia locura particular. ”

“Lo siento, pero con esta actitud no puedo darte ningún otro consejo. Te crees único Aguirre. Un héroe. Una luz pura en medio de la oscuridad. Pero ten cuidado, porque para que una luz brille con intensidad, necesita mucha oscuridad a su alrededor. Medita tus actos” le respondió Teresa.

“Ya veo que no he sacado ningún provecho a haber venido hasta aquí.” Aguirre se giró dándole la espalda, mientras cerraba los puños con fuerza y desaparecía por el túnel que le había visto llegar pocos minutos antes.

Teresa le contempló mientras se alejaba y en su mirada resplandeció el temor. Lágrimas de rubí oscuro resbalaron por sus blancas mejillas. El gato dejó de ronronear.

Tras vagar por el entramado de túneles secretos y cloacas de la ciudad, el vampiro llegó finalmente al túnel del metro. Las vías empezaron a vibrar y a lo lejos podía oír el chirriar de las ruedas. Oyó cómo se deslizaban sobre el hierro, el eco en el túnel, el parloteo de los pasajeros que esperaban en el andén de Jaume I y el zumbido del motor.

Cuando el metro cruzó por delante de él, Aguirre se preguntó si no habría sido más fácil dejarse caer ante la máquina. Más arriba un automóvil se detuvo delante de un semáforo en rojo de Vía Layetana. El conductor cambió el dial de la radio y encontró una canción que conocía. Comenzó a tararearla.



La cuarta de las noches. La anterior a la cita. El Salamandra era un local nocturno en una conocida zona de bares del Pueblo Nuevo. Aguirre cruzó el umbral de la entrada rezando para que su última esperanza se viera realizada.

Decenas y decenas de cuerpos calientes y sudorosos. Aromas desenfundados, entremezclados en las sombras. Aguirre atravesó la multitudinaria sala en dirección a la barra. El vampiro le hizo un gesto al camarero. Se acercó mientras limpiaba una jarra. " ¿ Está Julián por aquí ?"

"¿Julián?" le respondió el joven. "Si, Julián" insistió Aguirre. "¿El socio de la jefa? " preguntó el camarero. "Julián Plaza" le respondió Aguirre de forma contundente. "Debe estar allí, en la zona de los privados" afirmó el camarero señalando hacia el fondo del local.

"Gracias" le respondió el vampiro: ¿ Julián se hallaba en el local y no podía sentir su presencia? Aguirre se alejó de la barra decidido y cruzó la pista de baile, abriéndose paso a duras penas. Cuando llegó a los privados del fondo del local, localizó al vástago en pocos instantes, abrazado y besando a una rubia espectacular, con tatuajes en los brazos y en un hombro.

Efectivamente, su viejo amigo se encontraba en el local. A Aguirre aún le sorprendía no poder sentir su presencia, aun encontrándose ante sus mismas narices. El vástago agarró una silla de otra mesa y se sentó en ella, esperando pacientemente a que la pareja terminara y se percatase de su presencia, mientras observaba el ambiente del local.



Cuando la chica vio a Aguirre sentado delante de ellos, dijo algo al oído de Julián Plaza, para después apartarse de él. Plaza cabeceó hacia Aguirre con cara de pocos amigos. Luego sonrió. Una sonrisa que se convirtió en una carcajada.

“He sentido tu presencia desde que saliste de la estación” afirmó Plaza. “Me imagino que ya sabes que yo no he podido” Aguirre sonrió al responderle. La carcajada del otro Cainita se hizo más intensa, se levantó de la mesa y le dio un fuerte abrazo a Aguirre. “ ¡Javier, maldito bastardo! ¿Cuánto hacía, eh? ¿Cinco años, seis? ” le preguntó Julián sonriente. “ No lo sé, el local se llamaba “Anhilis” ” le respondió Aguirre. “ Así por lo menos hace ocho”

Plaza seguía riendo feliz, con una carcajada contagiosa. La chica, todavía sentada en el sofá, terminó de repintarse los labios y se levantó de la silla indignada mientras se bajaba la minifalda. Desapareció en la oscuridad de la multitud. Aguirre y Plaza volvieron a sentarse en la mesa.

“¿ Y dime, cómo va todo , qué me cuentas ? ” le preguntó Julián, sonriente. “Todo bien, más o menos...” le respondió Aguirre “Aún estás con aquella francesa, cómo se llamaba...”

“Se llamaba Carol. No, no estoy con ella, decidimos dejarlo....Ahora estoy con otra chica, se llama Ruth...” Javier contempló en silencio la mirada esquiva de Aguirre durante unos instantes. “Es una templada” Afirmó Julián. El vampiro asintió. “¡ Maldito bastardo, te ha pillado una templada ! ¿Y cómo lo haces para que aguante más de una noche? ”

Julián siguió riendo a carcajadas. La broma fue desafortunada. El vampiro captó rápidamente la mirada de Aguirre. “¿Le has contado lo que eres?” Javier respondió con un doloroso “Sí.”. Julián dejó de reír y cambió



rápidamente de tema. "Pues yo ya lo ves. Como siempre. Sigo en este local de mala muerte. Ahora tengo un socio..."

" ¿ El jefe ? " le preguntó Aguirre. "Más o menos... da la cara en el local por mí" le respondió Julián. " ¿ Es de los nuestros ? " preguntó Aguirre.

"Si...bueno, no. ¡Es una templada!" La carcajada de Julián Plaza volvió a inundar el privado mientras agarraba afectuosamente a su viejo amigo por el hombro. Aguirre le miró fijamente a los ojos, sonriendo, zarandeado por su vivaz amigo, comprobando que seguía igual de loco que en los viejos tiempos.

Durante unos minutos siguieron charlando, recordando anécdotas y riéndose de la gente, como un par de adolescentes eufóricos. Hasta que Aguirre se decidió a hablar.

"Julián, he venido a verte porque tengo un problema importante. Eres casi mi última baza. He acudido a otros antes. No te lo tomes mal. Alonso y Ricardo no han querido involucrarse. Incluso Teresa..." Julián terminó de engullir la jarra de cerveza y se limpió los labios con la manga del abrigo.

" Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que sea. ¿Qué es lo que ocurre? " le preguntó Plaza. Unos instantes de silencio parecieron detener el tiempo en la sala. Aguirre volvió a hablar.

"Carlos Vega ha vuelto a Barcelona. Viene a por mí". Los grandes ojos azules del vampiro llamado Julián Plaza se abrieron de par en par debajo de sus gafas de montura negra. Se apoyó lentamente con la espalda en la butaca del privado" Carlos ha vuelto " murmuró , pensando en voz alta. " Si, y me vigila de cerca " afirmó Aguirre. " No creo que se detenga conmigo.



No sé si me entiendes. " Plaza cabeceó hacia él. " ¿ Crees que ha venido a hacer limpieza ? " le preguntó directamente. " Eso es lo que creo. Los otros no han querido mojarse. "

Julián permaneció pensativo durante unos instantes con la mirada perdida en la mesa y las manos cruzadas bajo su mentón. Aguirre cabeceó hacia la pista del local, contemplando a la gente.

" Me ha citado en el lugar de nuestra última cita. Eso fue en el Parque de la Ciudadela. Será mañana por la noche." Julián cabeceó hacia su viejo amigo." ¿ Ya has hablado con él ?" Aguirre negó con la cabeza. "No, no directamente. Solamente me hizo llegar el mensaje. Nos tiene vigilados a mí y a Ruth. Me observa cuando estoy en su apartamento, cuando entro, cuando salgo...vaya donde vaya siento su presencia. "

"Y esta noche también te habrá seguido. Y esos imbéciles te han negado su ayuda". respondió Julián. "Así es" Aguirre cabeceó hacia la pista del local, fijando su mirada en los focos, observando como cambiaban de color. "Estamos metidos todos en el ajo. "

"No me quedaban muchas opciones. Podría enfrentarme a él solo..." le respondió Aguirre. Julián apoyó la suela de su zapato contra el borde de la mesa, presionando con fuerza su espalda contra la butaca. "La quieres realmente, verdad... si no, todo esto no te resultaría un problema." El vampiro no respondió. Su mirada se perdió en el aire.

Julián sopló agobiado. Entendía perfectamente los sentimientos de su compañero. De repente, se incorporó y apoyó los codos encima de la mesa, mirando fijamente a Aguirre y sonriendo. "¿Así que el Parque de la Ciudadela...?"



Aguirre sintió una garra de acero atrapar su hombro. Le alejó de María arrastrándole. La lámpara de aceite cayó al suelo golpeada por el codo del joven. En el suelo, el aceite prendió en llamas, alejando las sombras de la cara de su atacante. Aguirre le reconoció perfectamente. El demonio que había convertido a María en aquella criatura.

El vampiro miró a Aguirre con sus ojos dorados, brillantes, inhumanos. Le sonrió con una carcajada de superioridad y desprecio a la vez que agarraba al joven con las dos manos para levantarlo del suelo. Aterrado, Aguirre gritó e intentó sujetar el crucifijo que colgaba de su pecho.

Sus esfuerzos fueron inútiles. Jamás llegó a poder agarrarlo. Los colmillos del demonio se hundieron en su carne. El demonio llamado Carlos Vega.

Aguirre terminó de abrocharse los cordones de los zapatos y se levantó de la cama mientras Ruth seguía de pie, frente a la ventana, con la mirada perdida en la Vía Layetana. La última de las noches. La quinta.

Julián estaba apoyado en la pared de la habitación, junto a su compañero, observando la esfera del reloj en su muñeca. Aguirre se acercó al armario en silencio, y abrió un cajón lleno de ropa. Debajo de ella pudo sentir el metal de la pistola. "Una automática. Creía que no te gustaban las armas." le preguntó Julián.

Aguirre cabeceó hacia él. " Y no me gustan " respondió. " Me lo regaló alguien a quien conocí, hace algún tiempo" mirando por el rabillo del ojo a



Ruth, “ y preveo que esta noche no va a ser suficiente sólo con nuestras habilidades personales”.

El vampiro abrió el tambor y lo hizo rodar. En el último instante antes de volverlo a cerrar, Julián pudo contemplar el reflejo característico de la superficie de la munición: balas de plata. “Cada uno juega con sus cartas...” respondió Plaza.

Ruth seguía con los brazos cruzados cuando se separó de la ventana y empezó a andar por la habitación sin dejar de mirar al suelo, sumida en sus pensamientos. Plaza la observó unos instantes para luego cabecear hacia el otro vampiro. “ No creo que sea una buena idea que la dejes aquí, por muchas balas de plata que te hayas podido agenciar”.

Aguirre no respondió. Se limitó a sospesar el arma en sus manos y a contemplarla durante unos instantes. “No creo que Carlos se atreva a venir a por ella” respondió finalmente.

“Carlos es capaz de todo ” le respondió Julián. “Me ha convocado en el Parque de La Ciudadela. Estará allí” afirmó Aguirre sin mirar a su amigo.

“Sí, puedes estar seguro de que estará allí” respondió Julián, “Pero ya sabes que nunca ha actuado solo”.

Mientras hablaban Ruth se había desplazado hasta el umbral de la puerta, escuchándoles. “Tengo la sensación de que ésta es una de aquellas noches en que todo cambia. Un punto marcado en una trayectoria que hace cambiar la dirección de las cosas. Tengo miedo” susurró ella, con voz temblorosa.



Javier se acercó a la chica y la abrazó con todas sus fuerzas. Ruth se dejó envolver, y se sintió reconfortada entre sus brazos, apretada contra el cuerpo de su amado.

“Esta noche no ocurrirá nada malo.” le respondió el vampiro en susurros. “Te quiero”. Sus miradas se cruzaron. Los ojos de ella cubiertos por las lágrimas relucían en la oscuridad. Su mentón temblaba. Un dulce y largo beso.

Plaza se acercó a la ventana donde Ruth había estado apoyada, contemplando el tráfico del cruce de Vía Layetana con la calle Princesa. Se ciñó las gafas. Las farolas bailaban con la lluvia. Ruth acogió en sus manos el frío contacto de la pistola sin dejar de mirar a los ojos del vampiro.

6

El Parque de la Ciudadela. El escenario y la noche de la cita. La luna llena se escondió rápidamente tras nubes de tormenta, perdiéndose en la oscuridad que se alzaba sobre las luces de Barcelona, intentando escapar de su propio reflejo en el Mediterráneo.

Dos sombras se movieron con velocidad sobrenatural: descendieron desde el tejado de los impresionantes pabellones de la Audiencia Provincial. Borearon el Paseo de Lluís Companys y atravesaron el tráfico nocturno del Paseo de Pujades, para luego sortear las rejillas que protegían el recinto.



Cuando descendieron sobre la hierba de los jardines. Un relámpago les deslumbró, con una cegadora luz blanca que pareció envolver la ciudad. Un trueno que hizo retumbar hasta el agua de las cloacas.

Comenzó a llover. Torrencialmente. Una lluvia que impedía ver a más de cinco metros de distancia a una persona normal. Nadie les había visto. Con el aguacero que estaba cayendo estaban seguros de que nadie les vería a partir de ahora.

El suelo de tierra del Parque se estaba encharcando y en pocos minutos se convertiría en un importante lodazal. Se escondieron entre los arbustos observando el territorio que les rodeaba. "Ya es medianoche "

Julián no dejaba de mirar a todos lados, nervioso. Todavía podía sentir la presencia de las almas del Barrio de la Ribera, derrumbado por la construcción de la Ciudadela de Felipe V, después de la conquista de la ciudad tras los hechos del año 1.714.

"Este parque siempre me ha dado escalofríos." Afirmó Julián. "Aquí, en medio de Barcelona, es a la vez natural como artificial y grotesco. Una puerta natural al mar o también el fin de la naturaleza que llega hasta el interior de la ciudad. No puedes fiarte de tus instintos"

Los dos sintieron el suelo temblar, tras el paso del tren subterráneo. Con todos sus sentidos, Aguirre se extrañó de no poder sentir a los viajeros. Julián le observó y también se percató de su imposibilidad. Sonrió nervioso.



“¿Te acuerdas del día del Salamandra, cuando viniste y no pudiste sentir mi presencia, aunque yo podía percibirte...? No soy el único que conoce ese truco. Pero Carlos lo domina a un nivel todavía superior al mío. Aunque no pensé en ello hasta ahora. Estamos en desventaja en este lugar. La naturaleza se mezcla con la civilización y la historia tan caóticamente que puede inhibir nuestros sentidos”.

Aguirre cabeceó hacia la entrada del Parque Zoológico. Desde donde estaba no podía contemplar sus paredes, pero podía sentir los nervios y el pánico de los animales, y no era solamente por la tormenta.

Aguirre y Plaza se desplazaron en silencio entre las sombras, hasta acercarse a un lugar muy concreto del parque. “Aquí fue la última vez” murmuró Aguirre. Julián contempló la estatua durante unos instantes. “El Carro de la Aurora” La estatua se alzaba a varios metros de altura, sobre una majestuosa cascada de agua.

El vampiro abrió los ojos de par en par al ver aparecer desde la nada una larga figura vestida con un abrigo negro, justo delante de la cascada de la fuente. “Ahí está” afirmó el vampiro, sorprendido.

“Es evidente que domina tu truco. Ni siquiera le he visto acercarse” respondió Aguirre. “No creo que sepa que estamos aquí. Estoy intentando protegerte a ti también de sus sentidos. ”

El vampiro llamado Carlos Vega andaba lenta, pausadamente, como aquel que posee la eternidad en sus manos. Las manos enguantadas reposaban



tras de él. Su físico aparentaba una cincuentena dentro de los cánones humanos, pero nadie sabía en realidad su verdadera edad.

Su cabello blanco brillaba como la plata bajo el fulgor de los relámpagos. Se movía en silencio. Su ropa parecía estar completamente seca. Ni siquiera el barro del suelo parecía salpicarle, y tampoco parecía aplastarse bajo su peso; andaba sin dejar una maldita huella y sin ensuciarse con el barro, como si sus pies no llegaran a apoyarse en el suelo.

Los dos vampiros decidieron abandonar la oscuridad y la protección visual que les ofrecía el follaje del parque. Salieron a la tormenta y se detuvieron a pocos pasos de Carlos, sin perderle de vista ni un solo instante.

“Aguirre, Plaza, es un placer volver a veros” les saludó el vampiro. “El placer no es nuestro” le respondió Aguirre, en tono provocador. Una pausa. Un silencio que se adueñó del ambiente del parque durante unos instantes que parecieron eternos hasta que el vampiro llamado Javier Aguirre lo rompió. “Es medianoche y aquí me tienes”.

El oscuro vampiro cabeceó hacia él con expresión condescendiente. “Conociéndote, Aguirre, imaginé que no vendrías solo, así que me he tomado algunas molestias”.

Tres individuos abandonaron la penumbra del follaje del parque. Sin duda se trataba de tres vástagos al servicio de Carlos, pero a los cuales ni Aguirre ni Plaza parecían reconocer. Cada uno de los tres lleva algo en sus



manos. Lo que parecía como una tela oscura que envolvía algún objeto. Las miradas de los dos vampiros se cruzaron.

“Si, estos tres... compañeros...son vampiros, herederos de nuestro vínculo común, hermanos nuestros. Pero comparten un importante matiz que les diferencia de vosotros dos. Ellos han aceptado y entendido el camino que deben seguir y me consideran como su guía y su consejero.”

“Un buen ejercicio fascista el que has llevado a término. ¿Cuánto tiempo has necesitado para lavarles el cerebro, Carlos? ” le respondió Julián.

“ Oh, no... no ha sido necesario. Ellos mismos han comprendido qué era lo que más les convenía. ” le respondió el cainita. “ Al contrario que otros que han decidido el camino de la libertad sin disciplina que pone en peligro la existencia de sus propios hermanos “.

El vampiro llamado Carlos Vega alzó levemente su mano izquierda, y sus tres seguidores destaparon al unísono sendas telas, descubriendo los objetos que llevaban en sus manos.

Julián apretó la mandíbula con fuerza al reconocer las tres cabezas sangrantes. Ambos vampiros las reconocieron. Las tres caras con muecas inmortalizadas, sumidas en el más terrible de los dolores. Las cabezas de los vampiros Alonso, Ricardo y Teresa.



Aguirre retrocedió un paso y Julián le agarró del brazo, intentando tranquilizarle. “No detecto ni un atisbo de arrepentimiento en tu mirada, Carlos. El orgullo la inunda. ¿Cuál era el sinónimo que utilizas para el asesinato colectivo de tus hermanos que practicas con tal libertad de conciencia...?” preguntó Aguirre.

“Genocidio” masculló Julián entre dientes.

“El remordimiento es un sentimiento sumamente indeseable, hermanos. Si has obrado mal, arrepiéntete, enmienda tus errores y en lo posible esfuérzate por comportarte mejor la próxima vez. Pero en ningún caso debes llevar una morosa meditación sobre tus faltas. Revolcarse en el lodo no es la mejor manera de limpiarse. Y tampoco veo remordimiento ni en vuestras miradas ni en vuestros actos. El lodo os llega hasta el cuello.” respondió Carlos.

“¿ De qué demonios está hablando ? ” preguntó Julián cabeceando hacia su compañero. “ Hablo de responsabilidad. ” le respondió el vampiro llamado Carlos.

“Integridad y deber para con vuestros hermanos, a los que habéis traicionado dándoles la espalda, abandonándoles, olvidando vuestra propia herencia y negando vuestra propia realidad, tomando como camino el del mundo incivilizado de humanos que nos rodea, y que de descubrir nuestra existencia, nos aniquilaría completamente, con puño férreo y destructor, sin dudar un solo instante ante aquello que no conoce, no comprende y es distinto a su propia naturaleza. Aquello que le da miedo.”



“Vuestra sola relación con criaturas templadas y el intentar olvidar vuestra herencia vampírica, pone en peligro la existencia de vuestros hermanos. Es por ello que hemos acudido aquí esta noche. Debéis recibir un castigo ejemplar” Los tres individuos extrajeron afiladas armas blancas del interior de sus ropas. Julián apretó la mandíbula con fuerza. Bajo su labio superior, las encías sangraron para mostrar la marca cainita por excelencia.

7

A lo lejos, a una cierta lejanía perdida entre la tormenta y el vivo murmullo de la Barcelona nocturna, las campanas de Santa María del Mar anunciaron la medianoche. Ruth estaba sentada en el taburete de su taller. Los sacos de arcilla dura se amontonaban junto al horno. Una pequeña masa amorfa centraba la atención de la joven escultora. Sus manos la acariciaban suavemente mientras su mente estaba perdida en sus propios pensamientos, enfrentada a sus propios demonios interiores. Un suave movimiento y el motor dejó de funcionar.

El torno siguió girando hasta que una leve presión de las manos de la chica consiguió que la pieza de madera dejara de moverse. El apartamento estaba en silencio. Hacía escasos minutos, una lluvia torrencial había empezado a caer sobre la ciudad. Los relámpagos iluminaban la habitación. Podía oír el lejano televisor de la anciana de la planta inferior.

Ruth cabeceó lentamente hacia la puerta de la habitación. Estaba entreabierta y sólo podía ver una parte del comedor desde donde estaba



sentada. La cortina se mecía abruptamente a causa del viento de la tormenta que atravesaba Vía Layetana.

Recordaba haber cerrado el ventanal con fuerza. Había tenido una extraña sensación. La joven sintió el frío que provenía del corredor acariciarle la espalda. Los pelos de la nuca se le erizaron. Había detenido el torno sin tener la certeza de qué la había llegado a hacerlo.

Quizá la ventana había quedado mal cerrada y no era motivo de alarma. El viento de la tormenta la habría golpeado y vencido el cierre. Ruth tragó saliva. Sabía que todo aquello no era lo que la había sobresaltado. No había sido un simple ruido. Ni siquiera el del ventanal abriéndose y golpeando.

Sintió una sensación extraña mientras el torno estaba encendido y trabajaba con el barro sin ningún propósito en especial. Matar las horas simplemente, hasta que Javier volviera a casa, y barrer de su mente la angustia y la ansiedad que aquella noche las circunstancias habían prendido en su corazón. Tenía la certeza de que alguien había invadido el apartamento.

Las cortinas blancas seguían meciéndose en la penumbra del comedor. La señora Rossinyol seguía con el televisor encendido. Su concurso favorito todavía no había terminado.

Ruth se levantó silenciosamente del taburete. Pudo sentir la tela de sus tejanos crujir mientras con la mano agarraba la parte superior del taburete y sentía el sudor frío descender por su espalda.



Las pupilas de sus ojos se habían dilatado en extremo. Sus ojos parecían negros. Sentía la sangre bombear desde el corazón hasta la cabeza, golpeando como una caja de percusión. Su respiración se había acelerado e imploraba con fuerza más aire. Había algo que la asfixiaba.

Sintió un extraño hedor. Como de madera quemada, mojada por la lluvia. Intentó no realizar ningún ruido innecesario. Su mente estaba concentrada en cualquier sonido. El televisor era el más evidente. Después el de la lluvia y los truenos.

Por debajo de ella podía oír el murmullo del tráfico nocturno de la avenida. El sonido del viento. Pero no podía alcanzar a oír nada más. Ni tan siquiera las cortinas bailando con el viento de la tormenta. El agua de la lluvia que caía del tejado repiqueteaba sin fin sobre las baldosas de la terraza.

Ruth levantó el taburete de madera con una mano, con cuidado, para después agarrarlo con ambas, alzándolo en el aire, a la altura de su pecho. Apretó la mandíbula con fuerza. Pudo oír la piel de sus deportivas crujir cuando avanzó silenciosamente hacia la puerta del pasillo que accedía al comedor.

Las esquinas de la madera del taburete le hacían daño. Lo agarraba con demasiada fuerza, pero no era consciente de ello. Su atención estaba fijada en la puerta entreabierta. En las cortinas del comedor. En el trecho del comedor que ganaba mientras avanzaba hacia la puerta.



Un ruido. Suave, casi imperceptible. Como un susurro. Ruth se detuvo. Se hallaba a un metro escaso del pomo de la puerta. Los cabellos se le pegaban a la cara mezclados con la capa de sudor que recorría su piel. Había empezado descendiendo por la frente y ya casi había llegado a sus ojos. Podía sentirlo.

Soltó el taburete y lo sostuvo con la mano derecha. Se limpió el sudor de la cara con la muñeca. Entonces la vio. Una sombra oscura. La silueta iluminada sobre el fondo del comedor por un nuevo relámpago. Una tela meciéndose. Más oscura y pesada que las cortinas. La tela de un abrigo largo.

Sintió una presión intensa y angustiada sobre su pecho mientras la sangre golpeaba con más fuerza. Volvió a agarrar el taburete con ambas manos y con más fuerza. Se aseguró de que lo que estaba viendo a través de la puerta entreabierta era real. Había alguien en el comedor. De pie, inmóvil, vestido con un largo abrigo negro.

La presión en la cabeza la mareó ligeramente. "¿Javier?" preguntó al aire. La figura no pareció moverse. "¿Eres tú?" volvió a preguntar. Le pareció volver a oír un leve murmullo. Malicioso. El de una criatura odiosa y maldita.

La hoja de plata brilló con la luz de las farolas del parque, cruzando el aire como un haz blanquecino, capturado a pocos centímetros de la cara de



Julián, entre sus dos manos. “Pruébalo otra vez, bastardo” gritó el vampiro, mientras lanzó con furia la hoja de vuelta, clavándola a los pies de su contrincante, el vampiro llamado Andrés. El lodo salpicó sus ropas empapadas por la lluvia.

Daniel alzó a Aguirre en una dolorosa presa. Le volteó por los aires. Aguirre atravesó la lluvia torrencial sin poder detenerse. Sintió el golpe duro y rotundo de su espalda contra el tronco de un árbol. La corteza se quebró. El árbol entero se estremeció hasta las raíces por el impacto. Llovieron centenares de hojas secas.

Aguirre apretó la mandíbula con fuerza para luego gritar canalizando su furia. Después se detuvo. Se llevó la mano a la cara, y volvió a cabecear hacia su contrincante. La furia había desaparecido de la cara del vampiro. Se estaba reprimiendo.

Un solo parpadeo. Una contundente patada en la cara reventó la nariz de Daniel. El cainita gritó con la sangre surgiendo a borbotones de sus fosas nasales. La rodilla se abrió paso hasta el estómago, y con un rápido puñetazo, los nudillos del vampiro llamado Aguirre destrozaron la dentadura de su contrincante. La cabeza de Daniel golpeó contra la pared rocosa del parque. Su cuerpo cayó inmóvil. Aguirre gritó. La rabia desprendida mostró sus largos colmillos.

Carlos Vega contemplaba la escena, ligeramente apoyado contra la uno de los árboles del parque. Un tercer vástago se mantenía en silencio a su lado. Una joven. Aparentaba unos veinticinco años humanos. Aspecto duro, de



larga melena negra, densa y lisa, como tiras de azabache. “Esos vampiros son buenos. Llevan mi sangre en ellos. Definitivamente saben arreglárselas por ellos mismos. No creo que Andrés y Daniel puedan acabar con ellos” afirmó la vampiresa, ante la mirada de desaprobación de Carlos.

“ Les entrené personalmente. A conciencia. Se lo di todo. Son los mejores. Creía que verían claro el camino. Me equivoqué con Aguirre y Plaza. Son demasiado poderosos. Representan un peligro demasiado grande para nuestra sociedad, Lucía. Fue un error. ” La chica sonrió sarcásticamente al percatarse de la ambigüedad inconsciente de sus palabras.

Hacía tiempo que observaba a Carlos Vega y con el tiempo, la certeza de que el cainita estaba tramando algo oscuro que a ella no le satisfacía en absoluto, era cada vez mayor. Podía sentir que había alguien detrás, en las sombras. Como si alguien estuviera controlando su mente. Susurrándole órdenes desde la oscuridad.

“Espero no cometer ningún error esta noche.” le comentó la vampiresa. Carlos cabeceó hacia ella y la miró fijamente a los ojos“. Puedo asegurarte que no lo harás...quizá Daniel necesite que le sustituyas. ”

Lucía sintió una extraña sensación. Contemplo al vampiro llamado Julián Plaza. Luego a Carlos Vega. Había algo que no funcionaba. No podía detectar ningún signo de maldad en aquél vástago. ¿Qué era lo que Vega se proponía hacer?



Una patada en el estómago. Los músculos de los abdominales de Andrés se estremecieron. El cainita rodó por el suelo y volvió a alzarse en el aire con un rápido movimiento que le llevó a caer de pie sobre el lodo de una forma ágil, casi felina.

El cuchillo voló otra vez en dirección a la frente de Julián. Nunca llegó hasta ella. El vampiro la atrapó en el aire con la mano y sonrió. "¿Otra vez?" Andrés se movió con rapidez. Plaza descubrió demasiado tarde que el ataque era una maniobra de distracción. Andrés voló para caer sobre el cainita y lo derribó con una contundente carga. Ambos cayeron rodando por el suelo lodoso y mojado.

Un grito de dolor hizo saltar los nervios de Carlos que contemplaba la escena. Las cervicales se quebraron debido a la presa de la mandíbula del vampiro llamado Julián Plaza, y el cuerpo de Andrés terminó por retorcerse sobre el suelo atrapado por un horrible dolor, completamente inmovilizado.

A los pies de Plaza, la sangre de su contrincante brotó a chorros de su garganta mezclándose con el agua y el lodo y formando en pocos instantes un inmenso charco sobre el suelo. Un movimiento rápido. Un trueno seco, seguido de un eterno eco. La cabeza estalló en sangre y vísceras, tiñendo de rojo la hierba del parque.

Los restos del vástago llamado Andrés se desparramaron por el suelo. El cañón del revólver ejecutor todavía humeaba cuando el vampiro se ajustó la montura de sus gafas. Sus ojos azules estaban teñidos de escarlata.



Daniel yacía inmóvil junto a la pared de piedra, inconsciente o muerto. Aguirre se alzó del suelo, intentando sacudirse el lodo de la ropa y cabeceando en dirección a Carlos. Una sombra le obligó a detenerse. Lucía se interpuso entre los dos vampiros, mirándole fijamente a los ojos. Carlos les contemplaba en silencio. Se separó del árbol, dirigiéndose hacia el centro del extenso lodazal, acercándose a donde estaba el vampiro llamado Aguirre.

Lucía se movió con tal maestría que le fue imposible ver cómo se acercó hasta él. Una patada contundente. El vampiro la sintió hundirse en su cara. Un barrido rápido y efectivo. Aguirre tragó barro, mientras probaba la fuerza del puño de la cainita en su cara. Era endiabladamente rápida. El vástago consiguió agarrar una de las muñecas, aunque nunca logró agarrar la otra mano.

Las uñas desgarraron la piel de la cara de Aguirre mientras apretaba la mandíbula con fuerza. Cuando el puño golpeó el estómago de la vampiresa, la sintió estremecerse. Lucía gritó llena de ira. Largos colmillos aparecieron entre sus labios carmesí. Estaba decidida a probar la sangre del vampiro.

Carlos Vega se detuvo cuando se encontró con el cañón de la pistola de Julián, apuntándole directamente a los ojos. Vega conocía perfectamente aquella arma: una pistola Star 1919, calibre 6,35 mm. Un famosa arma clásica usada en la época de la Guerra Civil y posteriormente por las fuerzas Sindicalistas. "Atrévete a acercarte Carlos, y acabaremos con esto de una vez" susurró el vampiro entre dientes.



“Te rebajas a usar armas de fuego. Deplorable.” Le respondió el cainita.” No tengo una mentalidad tan romántica como la tuya, Vega. Si tengo que matar a alguien prefiero ir al grano.” Julián vio a Carlos cabecear en dirección a Aguirre, a escasos metros de ellos. “Al negar tus propias defensas naturales niegas tu propia esencia. Al igual que tu amigo, te has convertido en una pobre y patética sombra de lo que realmente eres.”

Aguirre levantó las piernas en el aire y atrapó la cabeza de Lucía con un rápido movimiento. Intentó quebrarle el cuello. La vampiresa gritó con rabia mientras conseguía librarse hábilmente de la presa. Se movió con un rápido salto, alejándose del cainita.

Aguirre se levantó del suelo sin perderla de vista. Ella le contemplaba inmóvil, agachada sobre el suelo. Un largo mechón de pelo descendía por su frente, cubriéndole el ojo izquierdo. La sonrisa de Lucía era fría, una mezcla de ira y sarcasmo.

9

Ruth se armó de valor. Apretó la mandíbula con fuerza. Tomó aire. Se lanzó hacia la puerta del comedor. La abrió con un puntapié mientras corría hacia el centro de la sala. La figura oscura la vio venir. Permaneció inmutable en el centro del comedor.

Era más alta y más delgada de lo que Ruth había creído ver. Sintió un vacío ascender por su garganta. Angustia. Rabia. Terror. La joven gritó de forma



desgarradora mientras alzaba en el aire un taburete que de repente había dejado de pesar y cargó con él contra el invasor.

La figura oscura se limitó a alzar la mano. Atrapó el taburete y tiró de él. A Ruth no le dio tiempo a percatarse de ello. Se vio arrastrada por su fuerza. Agarrada del taburete, la joven voló por el aire, apresada por la fuerza de su propia carrera. Fue un vuelo en silencio.

La voz abandonó su garganta en el mismo instante en que la criatura la lanzó por los aires. Chocó con la puerta del balcón. Reventó la cristalera con su cuerpo, atravesándola. Las cortinas blancas se mancharon de sangre.

Los cristales cortaron carne y músculo, clavándose en su cuerpo y estallando en el aire. Algunos se detuvieron en el hueso. Sintió el calor de los cortes. Luego el dolor, justo antes de que la sangre comenzara a brotar.

Ruth maldijo entre dientes. Un murmullo tembloroso a causa del dolor. El brazo y el hombro entumecidos. No podía detener la hemorragia. La joven cabeceó hacia el comedor. La cómoda. Debería haber tenido más cerca la pistola que Javier le había entregado. No creyó que fuera a necesitarla. No le gustaban las armas. Aquél error podía significar su muerte. "Javier" gritó en su cabeza. Deseando que su amado pudiera oírla.

Se incorporó tambaleante del suelo. Evitó mirar a la criatura. Todavía oía aquel murmullo. Se lanzó decidida hacia la cajonera. Sus piernas eran fuertes. Se movió con la energía de la desesperación. Quizá se tratara de la carrera más importante de su vida.



Sus pies tropezaron. Un obstáculo repentino. La criatura se movió con velocidad inhumana. Ruth perdió pié. Cayó y chocó contra la consola. Se agarró al mueble desesperada. Ambas cayeron al suelo. Un leve sollozo escapó de sus labios. Los cajones se desparramaron por el suelo con todo su contenido.

Agarró la pistola con fuerza. Giró su cuerpo en el suelo sujetando el arma con ambas manos. La criatura se vio iluminada por un nuevo relámpago. Un solo instante antes de apretar el gatillo. Ruth pudo contemplar la cara de la criatura con el flash de luz.

Había creído hasta aquel momento que se enfrentaba a un vampiro, como tantas veces había temido Javier y la había prevenido de ello. Pero por lo que había podido comprobar, el aspecto de los Hijos de Caín se asemejaba más al de un humano. Aquella criatura era distinta. No se parecía a nada que Ruth hubiera podido contemplar en toda su vida.

El terror se apoderó de su mente, de sus músculos. Apretó el gatillo con fuerza a la vez que gritaba. Gritó con todas sus fuerzas en un intento desesperado e incontrolable de liberar el terror primordial que la visión de aquel ser le produjo.

El proyectil de plata impactó en el pecho de la criatura. Se detuvo sorprendida por el dolor. Un nuevo disparo le siguió, y luego otro. Ruth vació el cargador entero del arma y siguió apretando el gatillo una vez vaciada la munición.



La criatura se tambaleó una y otra vez retorciéndose en el dolor con cada uno de los impactos de los proyectiles. Durante un instante, pareció caer al suelo. Se movió con una habilidad sobrenatural. Sus piernas finalmente la mantuvieron erguida. Sorteó el dolor que la consumía. Se mantuvo en pie ante el cañón humeante de su víctima.

Ruth siguió apretando el gatillo hasta darse cuenta de que ya no le quedaba salvación. La criatura le propinó un bofetón que cruzó la cabeza de la joven, lanzándola contra el suelo. La oscuridad la rodeó durante un instante. Estuvo a punto de perder la conciencia. El dolor. No podía sentir la mitad de la cara donde la había golpeado.

Oyó su móvil sonar en la otra habitación. Recupero el sentido lentamente al oír la melodía. Lo habría dejado junto al torno. Le pareció que estaba a kilómetros de distancia. Un trecho inalcanzable. Era la melodía que tenía asignada al móvil de Javier. Las lágrimas inundaron los ojos de Ruth, entrecortadas por sus sollozos.

La criatura pareció sisear, murmurando palabras que la joven no llegó a comprender. Su carcajada. El terror se apoderó de la joven, tensando sus músculos, dejándola a merced de aquel ser, mientras sentía la fría mano, áspera pero húmeda a la vez, acariciándole la piel de los hombros ensangrentados. Después se movió hasta su cuello.

Ruth cerró los párpados y lloró al sentir el hedor putrefacto del aliento acercarse a ella. La criatura desgarró la camiseta. Dejó los senos de la



joven al descubierto. Ruth sintió repulsión. La mano húmeda se acercó hasta el centro del pecho, entre los senos. La boca se acercó a su cuello. Ruth gritó.

10

Una ligera sonrisa de satisfacción escapó de los labios del oscuro vampiro llamado Carlos. Observó el cañón del arma de Julián Plaza por el rabillo del ojo, mientras contemplaba la lucha entre Aguirre y Lucía. Parecía satisfecho. Julián le contemplaba intrigado, mientras sujetaba la pistola entre sus manos.

“Ignoro si tienes suficiente conocimiento sobre armas o si eres suficientemente consciente de lo que un solo proyectil de esta pistola puede hacerle a tu cabeza a esta distancia, Carlos”.

El vampiro no pudo evitar dejar escapar una sonora carcajada, cortada súbitamente, disimulando su verdadera satisfacción. “Sé perfectamente lo que tu arma puede hacerle a mi cabeza, hermano.”

Carlos desapareció repentinamente del campo de visión del cainita. Para cuando a los sentidos de Julián les fue posible reaccionar, el arma había desaparecido de sus manos. Sintió el contacto del pesado metal contra su propia nuca. Carlos sonrió. “También sé perfectamente lo que puede hacerle a tu cabeza”.

36



El vástago gritó una orden concisa a Lucía, y ésta se apartó de Aguirre a suficiente distancia como para dejar de luchar con él. El vampiro, sorprendido, cabeceó hacia Carlos, y por primera vez se percató de la escena. Sintió la ira apoderarse de él. Cerró los párpados y se concentró unos instantes.

Se alivió al pensar que no tendría que estar reprimiéndose durante más tiempo. Al menos de momento. La ira le llevaba a un lado salvaje que Aguirre prefería evitar. Un reverso que le podría alejar definitivamente de su preciada humanidad.

Cuando abrió los ojos Julián permanecía inmóvil con la pistola en las manos de Carlos, y el cañón pegado a su nuca. Lucía también contempló la escena en completo silencio. Todo aquello empezaba a disgustarle. Carlos, sujetando el arma, con firmeza, no dejaba de observar a Julián. Sabía que un solo instante de distracción podía ser fatal.

“No te atrevas ni tan siquiera a parpadear, Plaza” Carlos habló en voz suficientemente elevada como para que los otros dos vampiros pudieran oírle a la perfección.

“He acudido a esta ciudad de humanos para daros un castigo ejemplar. Durante años intenté inculcaros valores y disciplina, responsabilidades para con vuestros hermanos de herencia. Integridad y deber. Valores a los que habéis traicionado dándoles la espalda, abandonándoles, olvidando vuestra propia herencia y negando vuestra propia realidad, tomando como camino



el del mundo incivilizado de templados que nos rodea.” Julián cabeceó hacia su compañero. Aguirre observaba con atención a Carlos.

“Somos Hijos de Caín. Descubrir nuestra existencia, nos aniquilará completamente. Los humanos no conocen, no comprenden lo que es distinto a su propia naturaleza. No entienden ni quieren entender aquello que les da miedo. Su conocimiento de los vampiros está lleno de supersticiones y de leyendas inconsistentes. Nosotros somos distintos a todo lo que ellos puedan llegar a imaginar.”

“Os habéis relacionado con criaturas humanas y el intentar olvidar vuestra herencia cainita, pone en peligro la existencia de vuestros hermanos y de vosotros mismos. Nuestra extensión por el planeta se ha visto mermada por la evolución humana. Quedamos pocos. Hasta el final he intentado sujetar los pilares de nuestra herencia. Pero cada día que pasa, contemplo como las grietas del tiempo van despedazando la integridad de estos pilares. He obedecido. He luchado. No me he dejado vencer.”

Los ojos del vampiro parecieron humedecerse con el líquido escarlata de sus lágrimas. “Durante demasiado tiempo he sido una marioneta obediente. Creía en mi causa. Creía en lo que me ordenaban. Pero no puedo seguir tras un sueño que se desvanece por sí solo, como la fina arena del desierto entre los dedos. Y vosotros dos sois el vivo ejemplo de ello. Hasta aquí hemos llegado. Guardaba la esperanza de haceros comprender.”

“Quizá me he sobrestimado. Quizá me haya equivocado. Es hora de que decidáis por vosotros mismos. Mi tiempo ha terminado. La herencia es



vuestra. Vosotros deberéis responder ante los tiempos oscuros que se acercan. Permaneced unidos. Deberéis hacerlo si queréis sobrevivir. He decidido entregaros a los tres mi último regalo. Lucía, te doy la libertad de poder actuar y obrar bajo tu propia voluntad y criterio. Es algo que deberías haber empezado a hacer hace mucho tiempo. Forma parte de tu esencia.”

“Y a ti Aguirre, te doy otro regalo. El máspreciado de todos. Te despojo de todo vínculo con la humanidad. En estos momentos, mi Maestro ya debe haber cumplido con sus intenciones. Espero que te hayas despedido de tu templada. Con el tiempo, sabrás agradecermelo.”

“¡Qué estás haciendo Carlos!” gritó Lucía. “No atisbo ninguna maldad en estos vampiros. Todo tu discurso es una sarta de mentiras. ¡Qué es lo que estás haciendo!”

Carlos contemplo a Lucía durante unos instantes en silencio. Seguidamente cabeceó hacia Aguirre. El vampiro maldijo presa de la ira. La rabia se apoderó de su mente. La mirada del pasado le hizo estremecerse. La mirada de la impotencia y el dolor. La misma mirada con la que convivió durante años. La imagen de Ruth acudió a su mente. Su pesadilla, su temor, sus demonios se habían hecho realidad.

Un rápido movimiento del oscuro Vástago, y el cañón de la pistola terminó en la sien del propio Carlos. “Obrad con sabiduría”.

Julián no pudo hacer nada por evitar el trueno. El proyectil atravesó el cráneo del vástago. La sangre de Carlos regó el aire del Parque de la



Ciudadela. Su cuerpo cayó al suelo, inerte. Lucía gritó. Aguirre permaneció inmóvil y cerró los ojos, conmocionado por la escena que acababan de presenciar. Apretó la mandíbula con fuerza. Sus puños se cerraron. La sangre brotó de sus ojos.

Julián tampoco se movió. Contempló el cadáver de Carlos sobre el suelo. La cainita llegó hasta el cuerpo, y se abrazó a Carlos, como intentando evitar que su alma le abandonara.

La chica lloró lágrimas de sangre, presa de la incomprensión y del dolor. Julián se arrodilló junto a ella y le secó la mejilla, suavemente. Apoyó su otra mano sobre la espalda de la vampiresa.

El móvil de Ruth no respondía. Aguirre sabía que Carlos lo había conseguido. Estaba seguro de que las palabras del vampiro permanecerían grabadas en sus mentes durante siglos. Javier cabeceó hacia el cielo. ¿Era éste su castigo? Gritó con todas sus fuerzas.

Julián cabeceó. Sus miradas se encontraron. Los ojos de Aguirre estaban empapados por la sangre de sus lágrimas. La expresión de dolor, de impotencia, asustó incluso a Julián. Podía ver lo que Ruth realmente significaba para su compañero. El vampiro asintió con la cabeza. Aguirre corrió con todas sus fuerzas, abandonando el Parque de la Ciudadela en dirección a Vía Layetana.

Lucía, se incorporó junto al cadáver de Carlos. Su cara se había ensuciado con las lágrimas de sangre y el maquillaje desparramado. Había descubierto



demasiado lo que Carlos Vega era realmente. La angustia la estaba devorando. Su mirada se encontró con la de Julián. El vampiro se acercó a ella. Comprendía lo que ella necesitaba. Lucía contempló los ojos del vampiro. Los dos se abrazaron.

11

Aguirre pareció volar a través de la tormenta, iluminado por el relámpago. Venció el enrejado del Parque de la Ciudadela con un solo salto. Su cara estaba convulsionada en un rictus de ira. El vampiro saltó por encima de un coche para aparecer en medio del tráfico del Paseo Picasso.

Un vehículo en sentido contrario se vio sorprendido por la aparición vampiro en medio de la lluvia torrencial. El conductor apretó el freno, con fuerza asustado. Su vehículo maniobró fuera de control, desplazándose varios metros por el asfalto cubierto de agua antes de poder detenerse. Cuando miró hacia atrás, el vampiro había desaparecido.

Aguirre corrió tan rápido como pudo. Llegó a la acera contraria. Corrió por debajo de las arcadas del edificio. Sentía la ira y el terror apretarle los músculos y las venas. Se adentró en la calle Princesa.

Cruzó la calle comercio con celeridad sobrenatural. Un nuevo vehículo tuvo que detenerse en seco y terminó derrapando sobre el asfalto para evitar embestirle. El vampiro se subió a una camioneta que circulaba en dirección a Vía Layetana. Desde su techo, pareció volar lanzándose hacia uno de las decenas de estrechos y viejos balcones de la calle.

41



Con el impacto, las sujeciones de la obra temblaron. Pedazos de piedra cayeron a la calle. Desde éste, se apoyó sobre la barandilla, balanceándose hacia arriba, encaramándose dos balcones más allá en el edificio consecutivo. Corrió frenético por la barandilla, a más de veinte metros sobre la calle.

La lluvia parecía caer con más fuerza, golpeándole la cara en su carrera, empapando sus ropas. Apretó la mandíbula con fuerza. Los labios abiertos, mostrando sus largos incisivos. Ascendió hasta el balcón de un cuarto piso y agarrándose a un saliente, saltó hasta su tejado. Un nuevo relámpago iluminó los edificios del distrito de Antics Palaus y del Gótico.

El viento y la lluvia chocaban con fuerza contra su cara. Podía oír sus pies aplastando y salpicando el agua. El tráfico nocturno de la ciudad. Las sirenas de una ambulancia le acompañaban en su carrera. Oyó los disparos provenientes del televisor de un vecino. Risas de un grupo de amigos jugando quizá a las cartas. Una pareja haciendo el amor en la cama. El llanto de un bebé asustado por la noche de tormenta.

Sentía su propia sangre bombear con desesperación por su cuerpo no-muerto. El olor de la fresca lluvia impregnando los ladrillos y el sucio asfalto.

Con un solo salto atravesó los tejados a través de la calle Montcada, sin siquiera detenerse. Una sombra llevada por el diablo. Un relámpago cayó en



el horizonte, iluminando el techo mojado con su reflejo como si marcara un blanco sendero por el que avanzar hasta Vía Layetana.

Pudo ver el ático de Ruth. Sintió dolor, pánico. Oyó un grito. Los relámpagos iluminaron sus paredes. Ventanas negras. Las luces estaban apagadas. Sintió la angustia calarle hondo mientras corría imparable. La angustia de algo extraño. Un aura malvada como pocas.

Luego un risa burlona. El terror se apoderó de su mente. La ira. Ya había perdido a la última mujer a la que se había atrevido amar en las manos de aquellas bestias. Estaba seguro de que el grito provenía de Ruth. Un grito desgarrado, aterrorizado.

Aguirre corrió un último trecho hasta el final del tejado. Un último esfuerzo. Saltó con todas sus fuerzas. Gritó. Canalizó toda su angustia en aquel grito.

Con un solo salto, atravesó por los aires todo el ancho de la Vía Layetana a través de densas capas de intensa lluvia. Un relámpago que cayó sobre el mar iluminó su vuelo. Cuando aterrizó sobre la terraza del edificio, la ira se había apoderado de él completamente.

Cargó contra la puerta semiabierta del balcón. La puerta reventó al verse atravesada por el cuerpo del vampiro. Millares de cristales estallaron en el aire. Crujieron bajo su peso al penetrar como un animal salvaje en el salón del apartamento.



Aguirre cabeceó hacia su izquierda, delante de los ventanales. Ruth estaba cubierta de sangre, arrodillada en el suelo. Delante de ella, de pie, estaba aquel ser. Sujetaba a la chica por la garganta. Ruth parecía inconsciente. Vio a la criatura cabecear hacia él. Sintió un siseo. Olía a madera húmeda, quemada. La habitación estaba impregnada de un hedor sobrenatural. Una sensación de terror primario. Ancestral.

Aguirre había sentido aquella sensación hacía muchos años. Desde entonces, no la había sentido otra vez. Había rezado para no volver a hacerlo. La criatura soltó a Ruth. Su cuerpo se desplomó sobre el suelo. Aguirre la vio golpear las baldosas, inconsciente. Temió lo peor.

La ropa de Ruth estaba rasgada. Su piel cubierta de cortes y la hemorragia seguía brotando. Cristales clavados en su carne. La llama de la vida todavía brillaba débilmente en su cuerpo. La respiración era tenue como un susurro perdido. De sus labios entreabiertos descendía una pequeña gota de sangre.

La criatura emitió un leve murmullo siseante. Una sonrisa diabólica. Una burla provocadora. Cabeceó hacia el vampiro. Aguirre miró directamente a sus ojos. Brillaban con el fulgor de una criatura milenaria. Su presencia en esta tierra pertenecía a tiempos inmemoriales, en los que el pie humano daba sus primeros pasos sobre la tierra.

Sintió su poder. Su Aura. El vampiro conocía muy bien a lo que se estaba enfrentando. Un breve instante de silencio que se convirtió en una eternidad. Aguirre se preguntó por cuál de los tres nombres debía dirigirse a él: Enoch, Zillad o Irad.



Los ojos de la criatura eran como dos esferas de ébano brillante y húmedo, coronadas por un círculo dorado a modo de córnea. El esqueleto que una vez pudiera haber mantenida erguida la estructura humana de aquel cuerpo había ido menguando con los años.

Su aspecto era más el de un espíritu errante, deformemente inhumano. Sus ropajes oscuros le convertían en una suerte de visión de la muerte, semejante a una parca.

Alto, delgado, sin apenas proporciones humanas, con una larga melena de cabello blanco, enzarzado, suelto, descendiendo hasta la cintura, con un aspecto semejante al de un horrible árbol oscuro. Su piel era blanca, también, de superficie blanca y líquida, con estrías que recordaban a los de la corteza de un roble, pero pálido y enfermizo. Aquel era el ser que había estado controlando a Carlos Vega. La mente perversa que tiraba de los hilos.

La criatura pareció pronunciar un nombre, seseando. "Zillad". Emanó terror. En el más puro de los sentidos. Un terror instintivo. Profundo. Ancestral. Aguirre luchó. Sintió el terror y la angustia invadirle. La duda. Pensó en Ruth. En su amor. En lo que ella le había proporcionado. Volver a sentirse casi humano después de tantos siglos. Volver a sonreír, a sentir un cuerpo cálido entre sus brazos. En volver a vivir el amor. La vida. El más preciado de todos los tesoros. No iba a permitir que aquella criatura se lo arrebatara.



El vampiro alejó con convicción el terror de su mente. Una sensación que canalizó en la más pura ira. La vida de Ruth pendía de un hilo. No había tiempo para palabras.

Aguirre mostró sus fauces abiertas. Le dejó claro a aquel ser a lo que se estaba enfrentando. La criatura hizo lo propio. Una interminable cadena de afilados incisivos coronaba sus fauces. Como la boca de un tiburón milenario.

El vampiro clavó las piernas en el suelo, separándolas, mientras forzaba los músculos de su cuerpo. Cabeceó hacia el techo de la habitación con las fauces abiertas. Un grito sobrenatural surgió de lo más profundo de su esencia. Las ventanas no pudieron resistir su frecuencia. Todos los cristales del apartamento estallaron al unísono.

Las venas de su cuerpo se expandieron y los músculos de su espalda se tensaron como barras de acero desde los hombros y el cuello hasta la punta de sus extremidades. Las uñas dejaron de ser humanas para crecer como las garras de una bestia.

Lágrimas de sangre surgieron de las cuencas de sus ojos. Se había estado reprimiendo para no llegar a esta situación. Pero sabía que no tenía otra esperanza si quería evitar que la criatura terminara su trabajo. El dolor de la transformación le consumía las entrañas.

Frente a él, Zillad habló en una lengua antigua, desconocida para el ser humano. Entonó una especie de cántico a la vez que, del interior de sus



negras ropas, extraía una larga hoja, de aspecto semejante al de una cimitarra. Brilló con el fulgor de la plata. La hoja había sido forjada al fuego con centenares de símbolos de aspecto rúnico.

Sin titubear ni siquiera un instante, el vampiro cabeceó hacia su enemigo y se lanzó contra él en una carrera mortal. El movimiento fue tan repentino que la criatura se vio incapaz de esquivarle. En un parpadeo, Aguirre cargó atrapándole con sus garras en una presa salvaje, arrastrándole hacia el suelo. El golpe fue contundente. Las baldosas se resquebrajaron.

Zillad siseó amenazante. Forcejearon durante instantes eternos. Ambos estaban muy igualados. La criatura maldijo. Aguirre vio cómo atrapaba su garganta. Una presa fuerte, insalvable. Sintió la mano de la criatura asfixiarle, destrozar su tráquea.

Aguirre agarro con ambas manos el brazo de la criatura, intentando liberarse. Con la otra mano, la bestia alzó la hoja de plata en el aire. Un golpe fuerte, decidido. El pié del vampiro aplastó la cara de la criatura, y se quedó allí clavado, forcejeando hasta que consiguió librarse. Su enemigo soltó su presa para blandir su espada.

La hoja golpeó el suelo con fuerza, destrozando las baldosas con su corte. Aguirre consiguió esquivar un tajo que iba directamente a su cuello. Cerró su puño. Golpeó con fuerza la cara de la criatura. Luego otro puñetazo. La sangre surgió a borbotones de lo que parecían sus fosas nasales.



Se movió rápido. Fuego. Metal. Dolor. El vampiro sintió la hoja hundirse en sus entrañas. Le atravesó por la parte inferior derecha de la caja torácica. Justo por debajo de las costillas. Se clavó con fuerza en el suelo.

La hoja de plata le quemaba. Sentía su cuerpo arder. Jamás había sentido dolor puro. Le consumía vivo. Apretó la mandíbula. Sus manos temblaron al agarrar la hoja de la cimitarra. No tenía otra opción.

Agarró la espada con ambas manos. El filo cortó hasta el hueso de sus dedos. Tiró de ella con fuerza, arrancándola del suelo y sacándola de su cuerpo mientras la criatura todavía la sujetaba por el mango.

La hoja surgió teñida de escarlata. Caliente. Salpicando. Con la hoja todavía bien agarrada, Aguirre abrió su boca, cabeceando hacia la criatura. Hundió sus fauces en la clavícula del ser oscuro. Zillad gritó Soltó la hoja para agarrar con sus manos la cabeza del vampiro. Logró apartarla de su presa mientras las fauces seguían cerradas, desgarrando su carne.

La criatura alzó al vampiro en el aire, agarrado por la cabeza y la aplastó contra el suelo. La criatura se alzó cubriéndose la herida con la mano. Fue entonces cuando vio la hoja en las manos del vampiro.

Aguirre cabeceó hacia él. Su mirada había abandonado toda cordura humana posible. Se había refugiado en su reverso más oscuro y salvaje. Sin que la criatura apenas pudiera predecirle, blandió la cimitarra en el aire, en un arco mortal que sólo cortó el ropaje de Zillad. Gracias a sus reflejos la



hoja no se hundió en lo profundo de su pecho. La criatura cabeceó hacia la terraza. Se movía con la rapidez del diablo.

El vampiro agarró con fuerza la hoja entre sus manos. La lanzó con decisión hacia la criatura. La cimitarra voló. Cortó el aire. Un relámpago iluminó su trayectoria con un destello de plata. Zillad se agachó. No le resultó difícil esquivar su propia arma. La hoja se clavó astillando la madera del marco de la puerta.

La criatura arrancó la hoja la hoja clavada, para cabecear por última vez hacia Aguirre. Aunque en sus ojos se denotaba su intención de huir, su mirada no fue una despedida. El vampiro se lanzó tras él. No podía dejarle escapar. No ahora que había conseguido detenerle.

El cainita se movió con celeridad inhumana. La criatura le dio la espalda mientras guardaba la cimitarra de plata entre sus ropajes. Parecían más de seis metros los que le separaban de la barandilla de la terraza. Para cuando Aguirre llegó hasta el umbral de la puerta, Zillad había cubierto la distancia de un solo salto. Se apoyó con ambos pies sobre el pasamanos de piedra y se lanzó al vacío de Vía Layetana. El trueno retumbó en el cielo. Más duro y ensordecedor que nunca.

Para cuando Aguirre consiguió llegar hasta la barandilla, solo pudo contemplar una sombra oscura. Los ropajes de la criatura se extendieron en el aire como las alas de un horrible demonio. Zillad voló a través de Vía Layetana en dirección al mar, para luego ascender en un arco que le llevó directa hacia la oscuridad de la tormenta. Desapareció en breves instantes engullida por la noche.



La garra del vampiro se clavó en la piedra, agrietándola. Aguirre gritó, maldiciendo la oportunidad que había dejado escapar. Aquella criatura volvería para terminar su trabajo.

Abandonó la terraza para sumergirse en el apartamento. Corrió hacia Ruth. Cuando llegó hasta ella, la vida casi la había abandonado. No debía perder un solo instante. El vampiro arrancó las blancas cortinas y envolvió a su amada con ellas. La vida escapaba de su frágil cuerpo por momentos.

El pecho de Ruth apenas se movía. Los labios estaban fríos y habían perdido su color. Aguirre acarició el pelo de la joven y besó su frente. En silencio, la incorporó y la sujetó entre sus brazos. Sus ojos estaban cerrados. Sus labios entreabiertos. Deseó con todas sus fuerzas que sus párpados se abrieran.

“¿Qué te hecho, Ruth, qué es lo que te he hecho?” susurró entre dientes. El vampiro la alzó del suelo y la sujetó entre sus brazos, protegiendo su cuerpo. Lágrimas de sangre acompañaron al vampiro en su carrera hacia el exterior. La herida dolió mil infiernos cuando se encaramó a la barandilla de la terraza. Aún y así corrió. Venció el dolor. Usó todas sus fuerzas. Atravesó balcones y tejados, bordeando la Calle Argentería, en dirección hacia el mar.

La tormenta había amainado. Bajo los oscuros nubarrones una franja de pálidas nubes blancas asomaba por encima de la línea azulada del



horizonte. Pronto amanecería. Una leve llovizna acompañaba la espera del vampiro. A decenas de metros sobre el asfalto, Aguirre contemplaba el Mediterráneo desde el techo del Hospital del Mar.

Una suave brisa acarició los cabellos del vástago. Su mirada permanecía perdida en el mar, rodeada por el silencio. Julián apoyó la mano en su hombro. Cabeceó hacia su compañero que seguía observando el mar chocar contra el rompeolas.

Lucía estaba detrás de ellos, de pie, con los brazos cruzados. Sentía pena y tristeza por aquellos vampiros. Una tristeza que ya la había asediado con la muerte de Carlos Vega. Durante los últimos meses había sospechado que una trama oscura le tenía atrapado. Al salir a la luz, la evidencia se había convertido en un oscuro e incierto futuro. Carlos les advirtió que deberían permanecer unidos si querían sobrevivir. La vampiresa cabeceó para contemplar a Javier y a Julián y pensó en lo extraño que podía ser el destino.

“Ha perdido mucha sangre” afirmó Julián Plaza. “Le han realizado una transfusión”. El vampiro cabeceó hacia el horizonte. “Pero eso no es todo, ¿no es así?”. Aguirre no respondió. Al borde del tejado, el vampiro se hallaba luchando con sus propios demonios interiores.

“Ruth ha caído en coma, Javier. Sus heridas no son suficientes como para provocarle ese estado” continuó Julián. Aguirre apretó la mandíbula. Tras un instante, cabeceó hacia su amigo, mirándole directamente a los ojos. No



dijo nada. Su mirada hablaba por sí sola. Julián contempló sus ojos inyectados en sangre durante unos instantes. Después le habló.

“Vas a tener que hacer algo por ella si no quieres perderla”.

Javier volvió a cabecear hacia el rompeolas. “Lo sé” respondió. El vampiro cerró el puño con fuerza. Temblando. Como si estuviera conteniendo en él toda su angustia, todo el dolor, atrapado entre sus falanges.

Aspiró con fuerza y cabeceó hacia su amigo. En silencio, se dirigió hacia la puerta de acceso al tejado, cruzando por delante de Lucía. La vampiresa siguió su paso con la mirada. “Buena suerte” le deseó.

“¿Quién le ha hecho esto a Ruth?” interrumpió el otro vampiro. La pregunta retumbó en el silencio. Javier Aguirre se detuvo a poca distancia de la puerta. Julián contempló a su amigo, esperando una respuesta. Tras breves instantes, el vampiro cabeceó ligeramente hacia el suelo para hablar.

“Zillad”.

Julián Plaza no supo qué responder. Al mismo instante de oír el nombre, sus ojos se entornaron y el vampiro se convirtió en una estatua de piedra. Aguirre se decidió a llegar hasta la puerta. Una vez allí, se detuvo cabizbajo unos instantes, para después cabecear hacia Julián. El vampiro se estremeció al contemplar su mirada.



Plaza conocía perfectamente la leyenda de los tres hijos de Caín. Zillad era uno de ellos. Aún y a pesar de su propia naturaleza y de lo que había visto, el vampiro había dudado siempre de su credibilidad histórica.

Caín se convirtió en el primer asesino, según los escritos bíblicos, al acabar con la vida de su hermano pastor. Caín fue condenado a nunca morir. Quienquiera que le matara sufriría siete veces el castigo de Dios. Caín llevaba esa marca en la piel.

El Dios cristiano le condenó a vagar eternamente por la tierra de Nod. Dice la leyenda que así es como nació el primer vampiro. En su viaje Caín convirtió en no-muertos a la primera estirpe descendiente de su propia sangre...a los tres primeros vampiros, a los que también llamaron los tres hijos de Caín: Enoch, Irad y Zillad. La maldición de Dios comenzó a extenderse.

Viendo esto, Dios se enfureció y castigó una vez más a Caín por lo que había hecho. Le condenó a él y a sus hijos a velar porque su estirpe no se extendiera más de lo necesario, para evitar que su maldición se extendiera a toda la humanidad.

En la Edad Media se rompieron todas las reglas. La Inquisición tuvo que tomar riendas en el asunto. Fue la época en la que se dio a conocer la existencia de los Hijos de Caín y sus vástagos de una forma más evidente. En ese tiempo nacieron todo tipo de supersticiones acerca de los vampiros que perduraron desde entonces.



Viendo el peligro que corrían tanto humanos como cainitas, se dice que Caín y sus hijos pusieron freno a la extensión de los vampiros sobre la Tierra y que fueron ellos y no la Santa Inquisición quien recurrió a la extinción de los vástagos.

Julián vio a Javier Aguirre desaparecer por la penumbra del umbral. La puerta se cerró detrás. La mirada del vampiro se había quedado clavada en el mismo lugar en donde su amigo había estado de pie.

Lucía se le acercó preocupada. Ella extendió su mano. Julián la miró. Su expresión delataba incompreensión. “¿Ha dicho Zillad?” preguntó la vampiro, sorprendida. ¿Qué es lo que hizo Carlos Vega?” preguntó ella. El vampiro la agarro de la mano y la trajo hasta él para abrazarla.

En silencio, la miró a los ojos. Sus pupilas eran negras como el azabache. Reflejaba las oscuras nubes y el amanecer de nubes blancas que se acercaba más allá de la tormenta. Julián cerró los ojos.

13

Javier Aguirre golpeó con fuerza la superficie de la madera atrancada. Finalmente cedió. Las bisagras chirriaron y el joven pudo acceder al pequeño mausoleo. Alzó la lámpara de aceite en el aire y pudo ver el cuerpo de una joven, vestida de blanco.



El joven avanzó dubitativo, sujetando el martillo con fuerza. María. Su cuerpo yacía inerte sobre la piedra. Su piel blanca pero ligeramente sonrojada. Cualquiera habría jurado que su prometida estaba muerta. Pero Aguirre tenía la completa certeza de que aquello no era cierto.

Apoyó la lámpara de aceite sobre la piedra, junto a los pies de la joven. Después abrió la bandolera que colgaba de su hombro, y extrajo de ella una maza y una larga estaca de madera. La agarró con su mano izquierda y la situó sobre el pecho de María.

Apretó la mandíbula. Gritó con todas sus fuerzas. Golpeó con tanta fuerza que su mano tembló al sentir el impacto. La estaca de madera se abrió camino con contundencia entre la carne, salpicando el aire con una densa y fría lluvia escarlata. La criatura abrió los ojos y gritó por el dolor que sacudía todo su cuerpo. Los labios abiertos mostraron sus largos incisivos.

María suplicó pidiendo clemencia. Aguirre levantó la maza para volver a golpear. Las lágrimas escapaban de sus ojos. Trazó un arco en el aire que desembocó en un golpe todavía más fuerte. La estaca volvió a hundirse.

Alejándose de las imágenes del pasado, Javier Aguirre avanzó en silencio por el pasillo de la quinta planta. Había descendido por las escaleras de servicio desde la azotea del hospital. No se había cruzado con nadie.

A aquellas horas de la mañana todavía no se había efectuado el cambio de guardia y solo permanecían allí las enfermeras del turno de noche. Recorrió



la planta siguiendo las señales hasta dar con la unidad de vigilancia intensiva.

La puerta estaba cerrada. Por el ojo de buey pudo ver una parte del pasillo de la zona restringida. La habitación adyacente era una sala de espera. En el momento de cruzar el umbral, la puerta de la U.V.I se abrió para dar paso a un par de enfermeras que abandonaban la sala. El vampiro se movió en silencio, como una sombra. Para cuando la puerta volvió a cerrarse, había penetrado en el pasillo interior.

La penumbra le acompañó en el camino. El pasillo estaba medio a oscuras. Los enfermos separados en habitaciones individuales. Sintió su presencia. Muy débil. Ruth. Al final del pasillo de la derecha. Su latido característico. Era muy débil. La habían proveído de respiración asistida.

Contempló a Ruth durante largos instantes a través de la persiana de la ventana, desde el exterior de la habitación. Su cuerpo estaba desnudo bajo una ligera bata de color verde. Sus párpados estaban cerrados.

Entró en la habitación, con sumo cuidado. Allí estaba su Ruth. Dormida. Su densa melena rizada melena esparcida sobre las sábanas y la almohada. Los monitores emitían señales muy separadas, aunque continuas. Sus constantes eran tan débiles que tuvo que tuvo que reprimir un sollozo al verla allí tan débil, pálida e indefensa. Nunca la había visto así. Siempre la había recordado radiante, llena de vida.



Agarró la silla que había junto la cama y la apoyó contra la puerta, haciendo palanca con el pomo. Se acercó a la cama de la chica. Su mano se posó sobre la que había sido su suave y cálida piel. El contacto ahora era frío. La piel áspera. Su aura era muy débil. Zillad había consumido su vida casi por completo.

“Cariño...” susurró el vampiro. No pudo contener durante más tiempo una diminuta lágrima de sangre que descendió por su mejilla. El cainita la contempló en silencio. La amaba. Más que a nada más en este mundo. Más que a él mismo, más que a la misma vida.

Su puño tembló. Javier no podía hacerlo. No podía condenar a aquella criatura. ¿Cómo podía ser tan cruel y egoísta para entregarla a un infierno, a una eternidad miserable, vacía de sentido?.

Aguirre cabeceó hacia la ventana. El sol había empezado a despuntar por encima del horizonte. Se acercó a la persiana de la habitación y la levantó. Después apartó las cortinas y abrió la ventana, dejando que la brisa de la mañana empapara la habitación con su aroma fresco y salado.

Se acercó una vez más a su Ruth. Se inclinó sobre ella. Sus lágrimas escarlatas mancharon la piel blanquecina de la muchacha. La miró de cerca. Acercó los labios a su frente. Aún podía sentir el aroma de su piel. La besó. Un beso profundo, lleno de dulzura y de cariño.

Después apartó su frondosa melena rizada, dejando el cuello de la chica al descubierto. Acercó los labios a su piel cálida. Olió su aroma particular. El



calor de su cuerpo. "Te amo" le susurró. La besó. Con el más puro y sincero de todos los besos que le había ofrecido jamás.

Densas lágrimas escarlatas surcaron las mejillas del vampiro, goteando desde la barbilla sobre la piel de Ruth. Los colmillos se hundieron profundamente. Atravesaron la carne virgen penetrando en las entrañas para sentir el sabor de su dulce sangre. Sintió la calidez de su apagada vida.

El vampiro bebió de ella durante largos instantes lo que le provocó una agria sensación que parecía devorarle las entrañas. Un vacío que le consumía mientras, poco a poco, arrancaba a Ruth de las garras de la muerte.

Aguirre apartó la cabeza de la carne. La sangre de la joven todavía llenaba su boca. El vampiro se mordió los labios para hacer brotar su sangre de no-muerto. Dio de beber con ella a Ruth en un último beso asegurándose de que la joven bebía de él.

Después se echó junto a ella, sobre la cama, acercando la cabeza de la chica a su pecho. La abrazó mientras los monitores de la habitación entonaban la canción de la muerte. El vampiro contempló el sol alzarse sobre el horizonte con su nítida y pura luz. Tiñó de amarillo las nubes que se alzaban sobre la línea celeste del horizonte.

La sombra pronto descendió dejando que los rayos del sol acariciaran su ropa. Sintió el calor. La luz fue avanzando centímetro a centímetro. Sus



pantalones empezaron a humear ligeramente. Después avanzó hacia la sábana. Hacia las piernas de Ruth. “Mierda” murmuró entre dientes.

El cainita abrazó el cuerpo de su amada, todavía inconsciente. Sentía un puño de acero apresar su corazón y comprimirlo aplastándolo. La levantó de la cama arrancando los tubos y los cables que le habían pegado al cuerpo.

Arrancó las vías y la alzó refugiándose en la penumbra de la pared de la habitación. Al otro lado de la cama, en el pasillo, una enfermera llegó hasta la puerta e intentó forzarla al ver que estaba atrancada. Enseguida un médico se unió a ella. Habían acudido sin duda alertados por los monitores. Al ver a Aguirre en la habitación, y con la imposibilidad de abrir la puerta, el doctor llamó a seguridad.

Javier tiró de las sábanas de la cama, envolviendo a Ruth con ellas. Cabeceó hacia la puerta. La silla todavía aguantaría el tiempo suficiente. El vampiro aspiró aire por la nariz, y lo sujetó en el interior de sus pulmones. En un parpadeo, aparecieron dos agentes de seguridad. El vampiro sintió su presencia justo antes de que llegaran junto a la enfermera. Sus miradas se encontraron a través de la persiana de la habitación. “Vamos a salir de aquí” murmuró el vampiro entre dientes.

Ruth despertó con un sobresalto. La luz del sol la deslumbró. Aguirre conocía perfectamente aquella sensación. Su mirada había abandonado la humanidad. Pudo ver el destello inconfundible de su herencia reflejado en



los irises de la chica. Un destello aún leve pero que iría convirtiéndose en un signo inconfundible a medida que transcurrieran las horas. Ruth había abandonado la vida para que la muerte no la atrapara.

La joven se agitó con los ojos y los labios abiertos, como si el aire le hubiera sido negado y volviera a sus pulmones justo antes del último aliento. Aire fresco y puro llenando sus entrañas de vida. Pero no era aire lo que se apoderó del cuerpo de la chica. Fue la bienvenida a la no-vida.

Había abierto los ojos a tiempo para verse atrapada en una lluvia de imágenes. Sensaciones y sonidos inundando su cabeza. Náuseas. Una enfermera gritando. Luz pura. Quemaba.

Aunque entornó los ojos, el destello la cegó sin poder ver nada. Cerró los párpados con fuerza para sentir con agonía un extraño ardor. En sus entrañas. Alguien la sujetaba con fuerza. Un golpe. Madera resquebrajándose.

Un revolver. Un disparo estalló en sus oídos. Ruth gritó. Oyó más gritos que no estaba segura de que fueran suyos. Gritos aterradores de una bestia salvaje. Alguien maldijo gritando con desesperación. Cristales rotos. Ruidos apagados. Gritos de dolor y sensaciones asfixiantes.

La cara de un agente de seguridad poseída por el terror. El doctor salpicó sangre. Salió despedido contra la pared. Algo destrozó el cuello del otro agente, desgarrando la carne desde la mandíbula hasta la clavícula. Su



cuerpo cayó al suelo envuelto en un torrente de sangre. La cabeza martilleaba a punto de estallar.

“Agárrate” le pareció oír. Javier. Creyó identificar su voz dentro de la bestia. Una orden gutural, salvaje. Caos de luces y de sombras. Gritos. Nuevos disparos. Pudo ver la cara del vampiro durante un instante.

Los ojos inyectados en sangre. Los iris dorados, brillantes. La piel pálida tensada y surcada por venas. Largos colmillos surgiendo de sus encías superiores. La boca y los labios empapados en sangre roja, caliente, tentadora. Ruth no pudo contemplar aquella imagen por más tiempo.

El vampiro la agarraba con fuerza. Jamás hubiera podido caer de sus brazos. Sus cuerpos estaban unidos. Sentía sus músculos golpear. Tensarse. Sentía cada uno de los movimientos por los que se veía zarandeada. Dolor. Poco a poco, las sombras volvieron a convertirse en imágenes.

Dejo de sentir náuseas cuando dejó de moverse como si se encontrara en el epicentro de un terremoto. Sintió los músculos del vampiro tensarse precediendo a un salto. Atravesaron cristales. Luego el vacío.

El aire caliente se convirtió en aire frío golpeándole la cara. El olor de la brisa marina. Vértigo. Le pareció dar vueltas en el aire sin cesar. Tocaron suelo de forma contundente. Brillo de luz cegadora.



Las esferas oculares parecían querer escapar de sus cuencas, o simplemente se abrasaban en el dolor. Sintió un vuelco en sus entrañas. Sirenas de policía. Muy cerca.

Dolor en el más puro, explícito y aterrador de los sentidos. Un infierno abrasador devorando sus entrañas. Tan intenso, tan insoportable. Cerró los párpados con fuerza.

Ruth perdió el conocimiento en la oscuridad. El mundo se volvió frío y consiguió escapar del fuego y del dolor. Y así permaneció. Hasta volver a sentir el contacto de una mano agarrando su hombro. La sacudió levemente para despertarla. "¿Ruth?"

Abrió los ojos.

epílogo

Los Transportes Metropolitanos de Barcelona ponían al servicio de los barceloneses una extensa red de metro subterráneo, rápido y eficaz, si se tenían los suficientes estribos como para subirse a él. Al menos así era en los fines de semana a partir de las diez de la noche. El metro estaba abierto toda la noche.

El día era el doce de Enero. El pasado tres de Diciembre se había producido el primero de los asesinatos. En cuatro semanas, un total de quince sangrientas muertes. La policía empezó a preguntarse cómo podían atrapar



a un asesino fantasma al que sólo podían ver sus víctimas y que luego desaparecía como engullido por la niebla.

Un asesino que como factor añadido tenía una predilección por un tipo de víctimas muy especiales. Aunque ese fue un dato que se prefirió obviar ante el conocimiento del gran público.

“El Carnicero del Metro” fue un bautizo de la prensa que al Concejal de Transportes no le sentó nada bien. Pero el nombre ya ha habido quedado marcado con fuego en la mente de todos los barceloneses. Como el del inglés llamado Jack. El destripador.

Cuando Pedro López subió al metro después de una larga jornada laboral, en la estación de Fabra i Puig, eran las diez y quince minutos. Compartía el vagón con dos viajeros más. Uno de ellos era una mujer de color con una gabardina oscura.

El otro era un adolescente delgado y pálido con la cara invadida por el acné y el volumen de los altavoces de su teléfono móvil al máximo escuchando algún tipo de música latina de moda. El chico tenía la mirada perdida en un graffiti en la pared del vagón enfrente suyo. “Bésame el culo”.

Todos ellos viajaban en el primer vagón del tren. A López todavía le esperaba un viaje de veinte minutos hasta su estación. Dejó que sus ojos se cerraran y se relajó con el vaivén del vagón. En pocos minutos su mente se sumió en el limbo de entre la conciencia y el sueño.



No vio apagarse las luces del vagón contiguo, como tampoco vio una pálida cara asomada al cristal de la ventanilla, inspeccionando el vagón de los tres viajeros.

En la estación de Glòries la mujer de color se apeó del vagón. No subió nadie más. López abrió los ojos durante unos instantes. El tiempo suficiente para reconocer el andén vacío de la estación con su característico cartel rojo con letras blancas.

El hombre volvió a cerrar los párpados. Las puertas se cerraron con un silbido hidráulico y un golpe seco. La mente de Pedro López volvió a vagar en aquel lugar cálido entre la conciencia y el sueño, y las primeras imágenes oníricas empezaron a revolotear por su cabeza.

Una sensación agradable y el tren se volvió a poner en marcha para volver a traquetear por los túneles oscuros. Quizá López oyera en sueños la puerta del vagón contiguo abrirse, y quizá sintiera el aire caliente acariciarle la cara cuando la puerta se volvió a cerrar.

La música del móvil del joven sonaba muy lejana. La perspectiva de sueño era demasiado tentadora, hecho que alentó la poca probabilidad de que Pedro López se fijara en cómo el joven cabeceó hacia la puerta del vagón justo antes de que esta se abriera, como sintiendo la presencia de la criatura que se disponía a entrar.

Es probable que en sueños oyera la pelea la criatura y el joven adolescente o que sintiera el tacto de la sangre del muchacho resbalándole por la cara.



Lo que es seguro que no pudo contemplar fue el reflejo de la luz del techo en la cortante hoja plateada, semejante a una cimitarra. La hoja se movió con celeridad sobrenatural cortando el aire repetidas veces desprendiendo un murmullo siseante.

Quizá tampoco oyera el tren detenerse en la siguiente estación y cómo el cierre hidráulico volvió a silbar, y el golpe seco de las compuertas al cerrarse.

Pedro López volvió a abrir los ojos. El vagón estaba vacío. La mujer de color de mediana edad había desaparecido, al igual que el adolescente con la cara invadida por el acné. Pedro estaba solo. Ignoraba cuánto tiempo había estado dormitando. Se levantó con la cabeza somnolienta y estuvo a punto de caerse al suelo cuando el tren se agitó violentamente.

Reconoció el salto del vagón al cruzar un bache. Pronto llegaría a la estación de Arco de Triunfo. Entonces se fijó en su ropa. Su ropa y su cara manchadas en el reflejo de la ventanilla. Justo antes de descubrir el baño escarlata en el suelo del vagón. Un líquido semejante a la sangre.

Pensó que sólo se parecía a la sangre, porque tenía un tacto extrañamente frío y viscoso.



Autor: Jordi Armengol Carner. L'Ametlla del Vallès, Barcelona, España.
Relato inédito. Hyperespacio Andrómeda. www.libroandromeda.com

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:

Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.

Otras obras del autor publicadas en la web de Libro Andrómeda:

Arlequín. Relato completo.
<http://www.libroandromeda.com/PDF/Arlequ%EDn.pdf>

Bighorn. Relato completo.
<http://www.libroandromeda.com/PDF/Bighorn.pdf>

Blackout. Relato completo.
<http://www.libroandromeda.com/PDF/Blackout.pdf>

Galería de almas. Relato completo.
http://www.libroandromeda.com/PDF/Galer%EDa_de_Almas.pdf

Hielo. Relato completo.
<http://www.libroandromeda.com/PDF/Hielo.pdf>

Metal. Relato completo.
<http://www.libroandromeda.com/PDF/Metal.pdf>